



Palabras Prologales

I. Conocimiento

BIEN quisiera yo, con harto y ubérrimo corazón, que estas palabras mías al frente del gran libro de César Vallejo, que marca una superación estética en la gesta mental de América, fueran nada más que lírico grito de amor, tenue vibración del torbellino musical que ha suscitado siempre en mí la vida y la obra de este hermano genial. Así debería ser, pero mi amor no puede eludir el conocimiento. Pienso que sólo quien comprende es el que con más veracidad ama, y que sólo quien ama es el que más entrañablemente comprende. Hay, pues, una mayor o menor veracidad en el amor, tanto o más que en el conocimiento que extrae para sí el máximum de comprensión que necesita para su amor.

Una áurea mañana el niño se llena de estupor ante el sutil juego dinámico, ante los gritos inarticulados de su muñeco. Su asombrada puerilidad toca por primera vez las puertas del misterio. Espera que el milagro que se produce en sí mismo, el milagro de la vida, le pueda ser revelado por esta criatura mecánica que tiene en sus manos. El futuro hombre esgrime sus nervios, su corazón, su cerebro y su valor para lanzarse en su primera aventura de conocimiento. ¿Por qué? gritan sus entrañas desde lo más ascendrado de su ser. Y este primer “por qué” rompe, con dolorida angustia, el

desfile innumerable de “por qué” que signan los escalones vitales del hombre, hasta el último, el de la muerte. El niño decide destripar su muñeco. Lo destripar.

Tras de haber vaciado las entrañas de trapo y de aserrín, tras de haber examinado atentamente la arquitectura de su juguete, tras de haber apartado pieza por pieza todo el montaje interior, tras de haber eliminado todo lo puramente formal en busca de las esencias, el investigador se encuentra ante el primer cadáver de ilusión, ante el primer conocimiento. Un tenue alambriño arrollado en espiral; he aquí dónde residía, íntegramente, el secreto de la maravilla dinámica del muñeco. Esto no es la vida; esto es una mixtificación de la vida.

El niño acaba de descubrir las técnicas, que a su vez, no son sino los instrumentos para expresar los estilos. El muñeco no es vida, pero puede ser un estilo de la vida.

He aquí, a mi juicio, la posición fundamental de César Vallejo con respecto a la poesía. Niño de prodigiosa virginidad busca el secreto de la vida en sí misma. Ha tenido sus muñecos en los cuales creía encontrar el principio primordial del gran arcano. Ha descubierto que las artes no son sino versiones parciales, versiones escuetas, estilizadas del Universo. Ha descubierto los estilos y los fundamentos para expresarlos: las técnicas.

César Vallejo está destripar los muñecos de la retórica. Los ha destripar ya.

El poeta quiere dar una versión más directa, más caliente y cercana de la vida. El poeta ha hecho pedazos todos los alambritos convencionales y mecánicos. Quiere encontrar otra técnica que le permita expresar con más veracidad y lealtad su estilo de la vida.

La América Latina creo yo no asistió jamás a un caso de tal virginidad poética. Es preciso ascender hasta Walt Whitman para sugerir, por comparación de actitudes vitales, la puerilidad genial del poeta peruano. De esta labor ya se encargará la crítica inteligente; si no hoy, mañana.

II Introspección estética

El poeta quisiera vencer la trágica limitación del hombre para verter a Dios. El poeta quisiera librarse del yugo de las técnicas para expresar el crudo temblor de la Naturaleza. Más aún, el poeta quisiera matar el estilo para traducir la desnuda y fluida presencia del ser. El poeta quisiera conocer sin estilo. Pero antes que poeta es hombre, y como hombre ama también su límite. Sabe que es éste condición inexorable de su expresión. Que el conocimiento al ser expresado mata un tanto el conocimiento. Pero quiere un límite lo menos límite posible. Pues si hay necesidad de un estilo y de una técnica, que sean lo menos estilo y lo menos técnica.

Es así como César Vallejo, por una genial y, tal vez, hasta ahora, inconsciente intuición, de lo que son en esencia las técnicas y los estilos, despoja su expresión poética de todo asomo de retórica, por lo menos, de lo que hasta aquí se ha entendido por retórica, para llegar a la sencilla prístina, a la pueril y edénica simplicidad del verbo. Las palabras en su boca no están agobiadas de tradición literaria, están preñadas de emoción vital, están preñadas de desnudo temblor. Sus palabras no han sido dichas, acaban de nacer. El poeta rompe a hablar, porque acaba de descubrir el verbo. Está ante la primera mañana de la Creación y apenas ha tenido tiempo de relacionar su lenguaje con el lenguaje de los hombres. Por eso es su decir tan personal, y como prescinde de los hombres para expresar al Hombre, su arte es ecuménico, es universal.

Los demás hombres vemos anatómicamente las cosas. Asistimos a la vida como estudiantes de medicina ante un anfiteatro. Nuestra labor es una labor de disección. Tenemos conocimiento de la pieza anatómica, pero no del todo vivo. Nuestro plano de perspectiva es tan inmediato que el árbol nos oculta al bosque. Vemos los órganos de la vida, separados, clasificados, abstraídos, pero no vemos el temblor vital que palpita en el conjunto. En una palabra, hacemos análisis del hombre, pero no síntesis del hombre.

La pupila de este poeta percibe el panorama humano. Reconstruye lo que en nosotros se encontraba disperso. Toma la pieza anatómica y lo encaja en su lugar funcional. Retrae hacia su origen la esencia del ser, bastante oscurecida, chafada, desvitalizada por su carga intelectual de tradición. De este modo llega su arte a expresar al hombre eterno y a la eternidad del hombre, pese a la ubicación local o nacional de su emoción. Su plano de perspectiva está colocado en tal punto que le permite tener la percepción, a la vez, del árbol y del bosque.

El poeta asume entonces su máximo rol de humanidad, lo que equivale a su más alto rol de expresión, lo que equivale, a su vez, a su máximo rol estético. El hombre solo expresándose se

relaciona con el mundo, se conecta con los demás hombres y es por esta condición que alcanza su humanidad; y la estética es, a la postre, expresión. El ser absolutamente inexpresivo no existe, es un ente de pura abstracción. Si existiera sería la negación de toda facultad estética, de toda condición humana.

El poeta habla individualmente, particulariza el lenguaje, pero piensa, siente y ama universalmente. Así es como han procedido siempre los grandes creadores. Han renovado los lenguajes y las técnicas, pero han expresado el fondo común humano que es eterno. Nosotros procedemos a la inversa. Particularizamos, estrechamos, desvitalizamos nuestro corazón y nuestro pensamiento, en cambio hablamos, nos expresamos, nos servimos de técnicas que son universales y comunes. El creador vitaliza los lenguajes y las técnicas particularizándolas, nosotros particularizamos y estrechamos el corazón humano desvitalizándolo. Él hace síntesis constructiva, nosotros anatomía disgregadora. Nosotros desarticulamos para conocer, él conoce articulando. Él acerca y conecta eslabones, nosotros alejamos y dislocamos piezas. Él descubre y acopla identidades, nosotros acentuamos y separamos diferencias. Para nosotros entre ser y ser, entre forma y forma hay abismos; para él, entre ser y ser, entre forma y forma no hay sino continuidades. Nosotros percibimos los tabiques, él percibe las trayectorias. Él mira a la Naturaleza en su integridad, que es vida; nosotros miramos la Naturaleza en sus partes, que es muerte. Él percibe la vida trémula y agitada, en toda su vehemencia funcional, nosotros la percibimos como clasificación, es decir, como cadáver. Él mira al hombre en su destino, nosotros lo miramos en su anatomía y, a lo sumo, en su fisiología. Él se siente continente del hombre, nosotros nos sentimos contenidos del hombre. Él es cauce de humanidad, nosotros células o elementos de humanidad. Él dice: tú eres semejante a todos, nosotros decimos: tú eres distinto de todos. Nosotros aislamos al hombre del Universo, él le liga totalmente, le hace solidario. Nosotros particularizamos al mundo, él universaliza al hombre.

III. El vehículo musical

En toda expresión estética hay un *quid divinum*, un ritmo secreto de entrañada interioridad, un hálito latente que no está en la literalidad de la expresión, una ánima ingravida y eternizada que no está en las partes sino en el conjunto, una aureola que no reside en la obra sino sobre o dentro de la obra, la cual no es sino la virtualidad musical de sugerencia. Las artes todas; pintura, escultura, poesía aspiran, en sus máximas altitudes, a la expresión musical. Los grandes creadores solo lo fueron a condición de haber llegado a la música de su arte y de su estilo.

Y es que la música es el elemento primario del Universo. Es la expresión en que la forma se desmaterializa casi totalmente. Se ha despojado de toda su carga fisiológica para intentar una traducción más cercana y directa del corazón del hombre y del corazón del mundo. Es la máxima potencia de estilización del Universo, tanto, que a veces una sola nota que vibra nos abre inmensas perspectivas de conocimiento y de emoción vitales. Las mayores intuiciones, aquellas que colonizan para la conciencia extensas zonas de pensamiento, nos asaltan como meros motivos melódicos, que el cerebro se encarga, después, de ordenarlas, de explicarles y de hacerlas carne de verbo. Cuando las artes y los artistas han vencido los planos inferiores de expresión llegan a un punto de intersección o de convergencia, a un punto de abrazo, que es el ritmo. Allí se sienten semejantes; más, se sienten unos. Es el lazo de relación para todas las conciencias, posiblemente aún hasta para la materia yerta que nos parece sumida en un sueño de eternidad.

Una misma sugerencia vital al ser expresada por un escultor, por un pintor, por un pensador, por un poeta, a pesar de los diversos caminos, de los diversos instrumentos que emplean y de las diversas formas en que se concreta, alcanza un ritmo único que traduce, a la postre, la misma esencia. Esto nos explica por qué un pensamiento, una acción, un cuadro, una escultura, se nos presentan a veces con el mismo aire familiar, como si procedieran del mismo punto generativo. Esto no es sino la latencia o presencia rítmica que mora en la entraña de cada ser y de cada cosa y que constituye el *ánima mater* de la ecuménica y secreta trabazón del Mundo.

Pues bien, este ritmo no lo crea el artista, es una cosa dada ya, que solo reclama ser descubierta. He aquí la más grande función del artista: descubrir el ritmo, y por medio de su arte, expresarlo. El artista no es sino un simple vehículo o conductor. Este es el único sentido de la palabra creación. Los ritmos de las cosas están esperando, desde toda eternidad, un revelador. Darío dijo, si mal no recuerdo, que cada cosa está aguardando su instante de infinito. Este instante no es sino aquel en que

el artista descubre el ritmo de cada cosa o de cada ser, que, al mismo tiempo que lo relaciona con el Universo, también lo determina.

Y es tiempo de que volvamos los ojos al poeta de "Trilce". ¡Cuántos "instantes de infinito" descubiertos y colonizados ya para el espíritu humano, han establecido su morada en el libro maravilloso llamando ojos, nervios, cerebros y corazones para que descubran a su vez, lo que el poeta descubrió! ¡Cuántas trémulas palpitations de las cosas recogidas allí para que el corazón del hombre se conozca más, se descubra más y ame más! ¡Cuánta música que dormía su sueño de eternidad, que viene a henchir de ritmo nuestra alegría y nuestro dolor de conocimiento...!

El poeta ha descubierto de nuevo la eternidad del hombre; ha descubierto los valores primigenios del alma humana que son por esto mismo, los valores primigenios de la vida, elevándolos a una extraordinaria altura metafísica. En el habla española, solamente Darío alcanzó, en algunos instantes, en los mejores, este vuelo en que el ala a fuerza de ascender se desdibuja y se esfuma para la pupila humana. Son los próceres Himalayas del espíritu en que el pensamiento es metafísica, y la metafísica es trance emotivo, y el trance emotivo es ritmo.

El poeta llega a estas regiones enteramente desnudo. Desnudo de convención y de artificio. La veste retórica, el paramento literario, como humilde trapillo de indigente, yace abandonado y desgarrado, y el varón edénico presenta su carne a los besos de la luz, a los hálitos de la noche, al temblor de las estrellas...

Y tú también, lector, vas a presentarte desnudo, abandonando tu trapillo literario, para llegar al poeta. Si sabes algo, has como si no supieras nada; la virginidad emotiva y rítmica de "Trilce" niégase a ser poseída por el presuntuoso ensoberbecimiento del que "todo lo sabe", quiere carne pura que no esté maculada de malicia. No vayas a juzgar; anda a amar, anda a temblar.

IV. La vida circunstancial del hombre

Por el tiempo en que el poeta rompe a decir sus primeros ritmos, en oscura ciudad de América, en Trujillo, aldea agraria y de universitarias presunciones, de vida sosegada y mansa, como sus verdes y estáticos cañaverales, nace la acendrada fraternidad, que nunca hubo de declinar, entre el que estas palabras escribe y el mágico creador de "Trilce". Era él un humilde estudiante serrano, con modestas ansias de doctorarse, como tantos pobres indios que engulle despiadadamente, la Universidad. Recuerdo aquel día, vívido y florecido aun en mi corazón, en que el azar me trajo a las manos "Aldeana", pequeño poemita rural, de deleitoso ambiente cerril y campesino. Fue el "sésamo ábrete" que me franqueó la abismática riqueza del artista. Mi admiración y mi amor rindiéronse genuflexos ante el indio maravilloso. Comenzaba a forjarse, a yunque cordial y a puro martillo de vida, "Los Heraldos Negros".

En torno a una mesa de café o de restorán, previo un ansioso inquirimiento, casi siempre infructuoso por nuestros magros bolsillos de estudiantes, para allegar los dineros con que habíamos de pagar el viático y el vino, reuníamos José Eulogio Garrido, aristo-fánico y buenamente incisivo; Macedonio de la Torre, de múltiples y superiores facultades artísticas, perpetuamente distraído y pueril; Alcides Spelucín, uncioso y serio como un sacerdote; César A. Vallejo, de enjuto, bronceado y enérgico pergeño, con sus dichos y hechos de inverosímil puerilidad; Juan Espejo, niño balbuceante y tímido aún; Oscar Imaña, colmado de bondad cordial y susceptible exageradamente a las burlas y pullas de los otros; Federico Esquerre, bonachón manso, irónico, con la risa a flor de labio; Eloy Espinosa, a quien llamábamos "el Benjamín", con su desorbitada y ruidosa alegría de vivir; Leoncio Muñoz, de generoso y férvido sentido admirativo; Víctor Raúl Haya de la Torre, en quien se apuntaban ya sus excepcionales facultades oratorias; y dos o tres años después, Juan Sotero, de criolla y aguda perspicacia irónica; Francisco Sandoval dueño de pávidos y embrujados poderes mediumínicos; Alfonso Sánchez Urteaga, pintor de gran fuerza, demasiado mozo, que tenía pegado aún a los labios el dulzor de los senos maternos, y algunos otros muchachos de fresco corazón y encendida fantasía. Este ha sido y este es el hogar espiritual del poeta.

Otro día, el ágape fraterno solíase consumir, a base de cabrito y chicha, ante el sedante paisaje de Mansiche y en la huma de vivienda de algún indio. Frescas mozas de ojos ingenuos y de formas elásticas presentábanos las criollas viandas. Se llamaban Huamanchumo, Piminchumo, Anhuaman, Ñique. Servidos éramos por auténticas princesas de la más clara y legítima estirpe chimú, descendientes directos de los poderosos y magníficos curacas de Chanchán.

La playa de Huamán solitaria y solemne, de olas voraces y traidoras, solía también ser el escenario de estas líricas y férvidas juntas moceriles. Recitábanse allí a Darío, Neruo, Walt Whitman, Verlaine, Paul Fort, Saiman, Materlinck y tantos otros que poblaban de aladas y melódicas palabras la sonoridad inarticulada del mar, que abría a nuestra fantasía viajera sus “camino innumerables”.

Rondas nocturnas, pensativas y de encendida cordialidad, unas; gárrulas y alborotadas, otras. Más de una vez la algarada juvenil turbó el sueño tranquilo de la vieja ciudad provinciana. Con frecuencia los amaneceres sorprendíannos en estos trajines que tenían un aduzorado sabor romántico, apagando como de un soplo, la feérica fogata de nuestros ensueños.

La despreocupada irreverencia moceril que no se curaba de eminencias universitarias, ni de las consagradas y oficiales sabidurías de pupitre, tuvo que provocar, como provocó, una tensa hostilidad ambiente. La docta suficiencia de catedráticos aldeanos cuya curiosidad mental se alimentaba, o mejor, se había alimentado hacía treinta años, con las novelas de Pérez Escrich, Julio Verne y Alejandro Dumas, se irritó con las audacias y las zumbas de los mozos. El poeta de “Los Heraldos Negros” y de “Trilce” fue la víctima propiciatoria de los más ineptos e ineficaces ataques que no estaban desprovistos de cierta senil malignidad. Un buen señor que no sé si ha muerto ya y que si mal no recuerdo, se apellidaba Pacheco, digno émulo del de Quiroz, se hizo el instrumento pasivo de los otros, que no se atrevían a presentar batalla a cara descubierta. Así comenzó una heroica lucha que algunos años más tarde debía rendir tan pródigos frutos para la cultura y elevación mental de Trujillo.

Por este tiempo, conocimos un grupo de muchachas que nos brindaron gentil acogida. Las llamábamos con cierta intención, entre benévola y humorística, con nombre alegóricos o de la antigüedad clásica; “Mirtho” era la del poeta. Una noche, mientras tomábamos un restaurador chocolate, los celos pusieron en manos del enamorado cantor un Smith & Wesson con el cual se proponía vengar el sentimental agravio. No pocos esfuerzos nos costó disuadirle de la medioeval y caballeresca empresa. Al día siguiente partió a Lima.

Llegaron horas negras. El poeta pensaba, por entonces, salir al extranjero. Tenía ya su viaje preparado, pero antes quiso, por última vez, visitar el pequeño pueblo donde había nacido, sentir el tibio y sedante abrazo de su hogar, en el cual no estaba ya la buena madre viejecita que, tantas mañanas y tantas tardes, esperó que los altos cerros cuyas faldas subrayó, al alejarse, la inquieta sombra del hijo, se lo devolvieron de nuevo. El hijo vino cuando los senos maternos eran ya ausencia definitiva. Quien conozca el sórdido ambiente espiritual de los poblachos serranos en el Perú, se dará cuenta cabal de la maraña tinterillesca y lugareña en que cayó la ingenuidad del poeta. El claro varón que había nacido con los mayores dones de sensibilidad y de pureza ética, que era simple y bondadoso, como un niño, fue acusado de los más turbios crímenes. Abogado hubo que sostuvo ante el Tribunal la acusación de ladrón, de incendiario y hasta de homicida. Hubo otro, éste, camarada de estudios universitarios, que se presentó a fraguar la más inicua instrucción curialesca. Así se vengaba del genio la mediocre ineptitud abogadil. No quiero nombrar aquí a estos dos desdichados por no cubrirlos de ignominia. La generosidad del poeta también les ha perdonado ya.

Mientras la justicia ventilaba la causa, el acusado, con mandamiento de prisión, vivió los días más angustiosos y ásperos. Días de alarido interior y de bruno agravio. Tenía yo una minúscula casita de campo donde fue a refugiarse el perseguido. Largas noches de insomne pesadilla ante el paisaje estático y fúnebre, ante los encelados rumores del campo y ante los pávidos ojos de la noche muerta que eternizaba nuestra desesperanza. Hubo, sin embargo, ora dulcificadas, las más de las veces, por la presencia fraternal de algunos de los muchachos que he nombrado antes y que iban a visitarnos.

Después de dos meses, el poeta comenzó a sentir temores de ser sorprendido y resolvióse a salir a otro lugar que ofrecía, al parecer, mayor seguridad. No fue como esperaba, por que al día siguiente cayó en manos de sus jueces que le condujeron a la cárcel.

La juventud intelectual de Trujillo y la prensa estallaron entonces en airado grito de protesta, iniciando una enérgica campaña de rehabilitación. Siguiéron, luego, los artistas e intelectuales a Arequipa y Lima y la prensa de Chiclayo. El suceso tuvo dolorosa repercusión en todo el país. Aquí debo mencionar a un inteligente abogado, admirador del poeta, que se prestó, generosamente, a hacer la defensa, hombre valeroso y de gran corazón, el doctor Carlos C. Godoy.

Seis meses fueron de brava lucha, contra la morosidad y el rutinarismo de los organismos judiciales. Aquella hermandad de muchachos que parecía cosa frívola y epidémica a los ojos fenicios, se irguió prepotente y bizarra contra la insidia, contra la calumnia y la difamación, contra el engranaje

gastado y acuchillante de la justicia. Esta vez el acometimiento juvenil venció la modorra del Código, ante el pasmo y a pesar de los oficiantes mismos de la ley. Este hecho blasonó a Trujillo por sobre todos los pseudos blasones que suele ostentar.

El poeta, durante el tiempo que duró su prisión, mantúvose en tal dignidad y varonía que impuso respeto a todos. No imploró justicia reptando por los estrados judiciales, sí que la pidió y la exigió, verticalmente, como un hombre. Y al fin, la rehabilitación se produjo, plenaria, íntegra, absoluta.

En este oscuro periodo de dicitario del poeta creció superando su potencialidad creadora. Allí se astillaron, con sangre de su sangre, los mejores versos de "Trilce". Donaba ritmos y mercaba agravios. Que América y la posteridad tengan en cuenta las ciciliadas lonjas cordiales que vale este libro.

Y ahora, el público que me permita retraerme para hablar en voz baja la palabra final, para secretar ternuras al hermano:

"Canta tus ritmos divinos, querido; cántalos siempre para que se abracen y se glicen como lianas a mis pensamientos; para que mis lágrimas, y mis alegrías y los más escondidos secretos de mi corazón, cuando busquen palabras para incorporarse, encuentren las tuyas, frescas edénicas y vivas; canta tus ritmos para que en la hora en que me suma en el mar de sombra y de callado imperio, me alargues tu mano musical, hermano...

Antenor Orrego

Trujillo, Setiembre de 1922.

Antenor Orrego en la feria de Trujillo

Por Eduardo González Viaña

Cierta noche de Navidad de los años 50, una niña del Perú soñó que aquel 25 de diciembre iba a ser, a la vez, el más infortunado y el más dichoso día de su vida. Y su sueño se cumplió porque hasta las 10 de la mañana, no podía levantarse de la cama debido a un intruso dolor de muelas que se le intensificaba al menor movimiento.

Además, Alicia no le veía mucha gracia a despertarse ese día y no encontrarse con un regalo de pascua, ni mucho menos con la sonrisa cariñosa y el beso cotidiano de su padre quien, una vez más y por razones que ella no comprendía, andaba huyendo de unos policías feroces que habían entrado varias veces en su casa a buscarlo, y al no hallarlo se habían robado algunas de las escasas pertenencias de la familia Orrego.

Sin embargo, a las 11 de la mañana, mamá llegó hasta el dormitorio de las chicas y les hizo una seña con el dedo índice contra los labios. Un instante después y ya en la sala, las niñas reconocían tras el sombrero ladeado y el crecido bigote, el rostro dulce y los ojos azules de su padre, quien había logrado burlar la vigilancia de los perseguidores para llevar al hogar un par de muñecas. "¿Y qué muela le duele a esta otra muñequita?"- preguntó Antenor Orrego, y cuando Alicia le respondió que era una molar del lado izquierdo, su padre sonrió y comenzó a acariciarle la mejilla de ese lado. Un buen rato le estuvo haciendo ese masaje mientras mamá daba cuenta de las excelentes notas escolares de las chicas, la salud de los parientes y lo que la gente decía en las calles sobre la decadencia del régimen dictatorial del general Odría a quien se debía que Orrego, uno de los mayores pensadores de América, anduviera perseguido al igual que decenas de miles de peruanos a los que se acusaba de antipatriotas, criminales y terroristas... Y súbitamente, la niña se dio cuenta de que la presencia de su padre y el masaje le habían borrado el dolor de muelas.

Aunque Antenor Orrego no tuviera necesariamente virtudes taumatúrgicas, el poder misterioso de su influencia que Alicia le recuerda es similar al que ejerció sobre el pensamiento, la vida y la obra de dos peruanos universales, sus compañeros de generación en Trujillo César Vallejo y Víctor Raúl Haya de la Torre.

La obra de Orrego -dispersa en periódicos que a veces fueron prohibidos o reunida en libros como "Pueblo Continente" y "Hacia un Nuevo humanismo americano"- es clave para entender el ideario primigenio de Haya de la Torre y la variedad del socialismo expresado en el aprismo de entonces y en los partidos políticos latinoamericanos que deben a ese movimiento su ideología y principios.

Para Orrego, las creaciones del escritor, del artista y del pensador social latinoamericano deben de ser autónomas, auténticas y originales. En este contexto, tanto la repetición como la imitación obedecen a una servidumbre de inspiración eurocéntrica y solamente son capaces de ofrecer recetas inocuas, evangelios trasnochados y actitudes que perpetúan la dependencia y el colonialismo mental. Además, ningún trabajo de pensamiento tiene sentido a menos que obedezca los grandes mandatos que nos impone nuestra tierra de origen.

Que todo este discurso no es mera prédica sino también su propia conducta lo demostrará Orrego toda la vida desde sus mocedades hasta su muerte con su vinculación en los años 20 al anarco-sindicalismo y a la rebelión de los proletarios de Casagrande y con la adhesión indesmayable a la lucha social, por cuyas causas sufrirá prisión en 1921 y 1928, escapará de las balas disparadas contra su lecho en 1930, entrará y saldrá de prisión cuatro veces en la década del 30 y caerá otra vez en los 50, pocas semanas después de la historia que nos ha contado su hija Alicia.

Este es el amigo que, cuando Vallejo le entrega sus primeros poemas: -Vuelve a escribirlos- le dice- trata de poner en ellos lo que tú mismo eres y aprenderás a ser original.- Por su parte, el autor de "los Heraldos Negros" no solamente le obedece sino que, al leer las "Notas marginales", dirá que ese libro de Orrego le ha cambiado la vida y "ahora sí, entiendo en perspectiva, lo que voy a hacer."

Por eso, cuando los críticos capitalinos se burlen del poeta ejercitando la petulancia y el miedo a la originalidad que son tradicionales en Lima, es Antenor quien infunde en César la displancia tranquila con que asume el ataque. Y, cuando aparezca "Trilce" en 1922, desde una vasta y bravía soledad, será también el solitario Orrego quien anuncie en el prólogo que es una obra poética genial.

Este es Orrego, el hombre de la profecía y el padre amoroso que puede curar a su hijita con tan solo acariciarla. Durante muchos años, su nombre y su prólogo han sido desglosados de "Trilce" por editores y supuestos devotos de Vallejo cuya mezquindad es colosal, pero los tiempos cambian y llega el tiempo del reconocimiento. Una de las mejores universidades del Perú, la UPAO, lleva su nombre, y su rector, Guillermo Guerra Cruz, le organizó un homenaje en la reciente Feria del Libro de Trujillo. Sus invitados, Luis Alva Castro y Teodoro Rivero- Ayllón, tercios discípulos del gran pensador, no dejan de ofrecernos ahora reediciones de su obra que fascinan por su vigencia en este siglo tan distinto.

De Orrego hay que decir lo que él afirmó de Haya de la Torre, que enarboló la enseña de una generación beligerante y encarnó la esperanza, la resurrección y la victoria de una nacionalidad en trance de muerte, y hay que agregar que siempre estará vigente y será un mandato pendiente de cumplirse su profecía del cambio social mientras el amor y la raza de los hombres prevalezcan sobre la barbarie, el egoísmo y la muerte.

Correo de Salem 304 - Martes, 4 de Febrero, 2003

(El Grupo Norte, Haya, Vallejo y El Norte)

Teodoro Rivero-Ayllón

1

* * *

Muy joven, Víctor Raúl se inició como periodista en *La Industria*. Y poco más tarde se encargará de las reseñas teatrales de *La Reforma*, diario de don Víctor Larco Herrera, que tendría como directores sucesivamente a Cecilio Cox y Antenor Orrego.

Apasionado de la música –Víctor Raúl toca violín y piano– consagra amplia información a las visitas de Dalmau, el joven violinista argentino, de origen catalán, que concitaba unánime admiración en sus interpretaciones de «La Abuelita, de Langer o «El Canto del Ruiseñor» de Sarasate. Ese Andrés Dalmau, a quien Abraham Valdelomar en *La Prensa* capitalina había saludado como «incomprendido e inmenso artista».

Le seduce también la límpida ejecución al piano de Mercedes Pedrosa, o el arte singular de Amalia de Isaura, la actriz española, quien en el Teatro Ideal se presenta con su compañía de Teatro y Comedia por reiteradas veces, ya a fines del año 16.

La misma Isaura habría de estrenar –el 15 de diciembre– *Triunfa Vanidad*, comedia que Víctor Raúl escribe para defender a César Vallejo injustamente atacado por cierto sector de «la sociedad trujillana».

Desempeñó el papel de personaje principal Ramón Gutegellas, primer actor de la Compañía.

2

«PERO CUANDO APARECIÓ EL SOL VALLEJIANO...»

Tres días más tarde, el 18 de diciembre de 1915, *La Reforma* publica un soneto de Vallejo: «Triunfa Vanidad». Lleva la siguiente dedicatoria: «Para ti, Juan Amateur, por tu valiente comedia estrenada ayer. Cariñosamente». Víctor Raúl –Juan Amateur– responderá el sábado 23 de diciembre en las mismas páginas de *La Reforma*, que dirige Antenor Orrego, con un poema, «Hiperestesia».

Y por igual con fraternal dedicatoria: «Mis primeros versos para César A. Vallejo»: *Mis nervios son las cuerdas de un piano resonante / Que a rudos martillazos la vida hace vibrar, / Me deleito escuchando la sonata inquietante / Que canta la amargura de un íntimo pesar! / Ya es suave, dulce, rítmica como un claro de luna, / Ya con Chopin exalta mi loco fantasear, / O crece, se agiganta, resuena como una / Inmensa cabalgata wagneriana al trotar...!*

* * *

Cuando la noche del 22 de febrero de 1965, en el teatro Municipal de Trujillo, los intelectuales de la nueva generación tributamos un homenaje a Víctor Raúl con motivo de sus 70 años, cité yo en mi discurso de orden aquel verso juvenil que bien me sabía de memoria pues lo evocábamos con frecuencia en el ambiente hogareño del poeta Francisco Sandoval (1900-1960), mi maestro, amigo de Víctor Raúl y condiscípulo de éste en el Seminario de San Carlos y San Marcelo, desde 1907. En el magnífico discurso de respuesta, Haya de la Torre nos recordó en aquella inolvidable velada –una velada tan amable, la más propicia –creo yo– para un día onomástico, tratándose de mí– los días inaugurales del Grupo Norte o Bohemia de Trujillo, de que Víctor Raúl formó parte muy activa entre 1914 y abril de 1917, en que viaja al Lima:

Unos dijeron la palabra maravillosa de Vallejo, de Spelucín, de Xandóval, de Imaña, y de tantos otros. Yo fui un poeta que apenas balbuceé el lenguaje de los elegidos.

Y agregó luego:

Pero cuando apareció luego el sol vallejiano, me dediqué a otras cosas... Quise limpiar la política del egoísmo y de la mezquindad, del mercantilismo rastrero y subalterno y subalterno, para elevarla a su misión poética, a su más alta expresión de profecía, de dignidad, de altura. Y así, intenté yo también ser poeta, sin escribir más versos... Sin haber escrito más versos que ese que indiscretamente Rivero-Ayllón ha citado esta noche, y que yo diría pertenece a mi «pasado vergonzante...»

El Grupo «Norte» o Bohemia de Trujillo que surge en 1914 constituye indiscutiblemente la mejor floración de intelectuales y artistas que, como agrupación, haya producido el Perú y la América toda. Bastaría citar los nombres de César Vallejo, de Haya de la Torre, de Antenor Orrego, en los campos de la estética, de la inquisición filosófica o de la acción política.

A tales nombres de proyección orbital –citados por la enciclopedia Británica o el Grand Larousse–, habría que añadir los de Alcides Spelucín, el poeta de *El Libro la Nave Dorada*; Francisco Xandóval, el autor de las *Canciones de Maya* y *El Libro de las paráfrasis*; Juan José Lora, el poeta de *Diánidas* y de *Lydia* (Trujillo, 1929); y Oscar Imaña, José Eulogio Garrido, Federico Esquerre, Macedonio de la Torre, Juan Carlos Espejo Asturrizaga, Eloy B. Espinosa, etc.

Nombres ilustres a los que se sumarían poco después los de los músicos Carlos Valderrama y Daniel Hoyle, así como Domingo Parra del Riego (hermano de Juan, el poeta de los polirritmos), Alfredo Rebaza Acosta, Carlos Manuel Cox, Domingo Sotero, Camilo Blas, Francisco Dañino; Manuel Vásquez Díaz, Leoncio Muñoz, Néstor S. Martos, Felipe Alva y Ciro Alegria.

Como he dicho en alguna parte, la presencia de la mujer no estaba excluida de este grupo: allí, finas y sensitivas, Carmen Rosa Rivadeneyra («*Safo*»), articulista y conferenciante muy asidua por

aquel entonces; María Xandoval («*María Bshkirtseff*») (Ascope, 1894 - Otuzco, 1918), vinculada –ya es conocido– a Vallejo y autora de un Diario Intimo que, parcialmente, publicaré en breve.

También Zoila Rosa Cuadra («*Mirtho*»), Marina Osorio («*Salomé*»), Lola Benites («*Cleopatra*») e Isabel Machiavello («*Carlota Braema*»).

* * *

Grupo que empieza ya como tal a «entrar en escena» por el año 14, alrededor de *Iris*, la efímera revista de Eulogio Garrido (Huancabamba, 1888 - Trujillo, 1967), y que alcanzará la plenitud de su madurez con el diario *El Norte*, en torno a la figura señera de Antenor Orrego (Santa Cruz, 1892 – Lima, 1960), el filósofo, el mentor y guía de su generación, quien recordará más tarde a algunos de sus contertulios de entonces. (...)

3

ORREGO, LOS SPELUCÍN Y «EL NORTE»

El Norte, este diario epónimo –que dará su nombre al grupo, como la revista *Colónida* lo dio a la generación de Valdelomar–, aparece y se vocea en las calles de Trujillo el jueves 1 de febrero de 1923.

Trae al frente dos epígrafes en latín.

El uno, Pico de la Mirándola: «*De omni re scibili et quibusdam allis*» («De todas las cosas que pueden saber y de algunas otras»).

Y del otro, de Virgilio: «*Discite justitiam, et non temnere divos*» («Aprended a cultivar la justicia y a no menospreciar a los dioses»)

Funda este diario el Ing. Juan Alberto Vega Rabines, minero de profesión, tío materno de Alcides Spelucín, y hermano de doña Clotilde Ana Vega Rabines, a quien Víctor Raúl solía llamar tía.

Don Juan Alberto Vega habría querido que Alcides, el sobrino, fuera minero como él –tenía minas en Sayapullo–, y lo envió a Estados Unidos, a nueva Cork, a estudiar la carrera, como lo había hecho antes con Mario, el hermano mayor de los Spelucín.

* * *

Se defraudaría el tío Juan Alberto un tanto, sin duda, cuando advirtió que Alcides, tras un alto en Cuba, la bella isla caribeña, prefería irse tras las musas, y no tras el oro que, según Don Cristóbal Colón, el "Almirante de la Mar Oceanía" –y también un peruano ambicioso de apellido Manrique–, tiene tal poder que echa las ánimas del Paraíso.

Alcides había decidido definitivamente trocar el oro relumbrante de Midas por el de los finos crepúsculos marinos con que fletó sus naves soñadoras, y con que habría de inmortalizarse, al retornar –ingeniero frustrado–, con un manuscrito bajo el brazo: *El Libro de la Nave dorada* (...)

Volvía Alcides del Mar de las Antillas, cantor de barcas olvidadas, como en aquella su bella «Elegía de la Musardina» (...)

El bueno, paciente y generoso tío no quiso contrariar al sobrino y decidió fundar un diario para él y sus amigos, los *literatti*. Que hicieran de él lo que quisieran. Y no lo defraudaron.

Acertó don Juan Alberto en poner frente a este diario a Antenor Orrego, ya para entonces autor de su libro: *Notas Marginales* (Trujillo 1922), como director, y a Alcides Spelucín como gerente. El primero, tan ligado a la familia Spelucín, habrá de casarse con Carmela, la hermana de Alcides.

Tampoco lo defraudarían los otros: Federico Esquerre (Jefe de Redacción), Francisco Sandoval (Jefe de Crónica), Belisario Spelucín (Cronista), Francisco Spelucín (Redactor), Leoncio Muñoz (Administrador).

Integraban asimismo, la redacción: Juan Espejo Asturrizaga, Carlos Manuel Cox, Jorge Eugenio Castañeda, a quien habrían de sumarse Ciro Alegría y Carlos Manuel porras.

A los editoriales de *El Norte* –que tuvieron el coraje de abrir brecha– se unían notas y comentarios nacionales e internacionales.

Allí, como corresponsales internacionales, se formaron vallejo y haya de la torre.

Uno y otro se habían establecido ya en Lima –Víctor Raúl, desde abril de 1917, y Vallejo desde comienzos de 1918–, de donde escribirían para *El Norte*, el diario de la añorada provincia.

Víctor Raúl, Periodista.- Teodoro Rivero-Ayllón. Trilce Editores. Lima, 1996. 276 pp.- Segunda Parte, Capítulos 1,2 y 3 (págs. 50-58.)

EDUARDO GONZÁLEZ VIAÑA



VALLEJO EN LOS INFIERNOS

“Al fin podemos saber la verdad sobre Vallejo. Esta novela asombrosa revela lo que realmente ocurrió en 1920. Lo que nunca se dijo se dice en este libro”.

Isaac Goldemberg, Latin American Writers Institute, Nueva York

“Se lee a González Viaña y le quiere leer de nuevo. Se le lee de nuevo, y es como si fuera la primera vez”.

Arturo Corcuera. Poeta peruano. Premio “Casa de las Américas” 2006

“González Viaña escribe historia... y más que eso, hace historia. Es una manera de escribir y de ser que se revela en toda su obra y su propia vida”.

José Antonio Mazzotti, Tufts University, Boston

“González Viaña escribe con compasión y lucidez envidiables. No teme a la realidad”.

Ilan Stavans, Amherst College, Massachusetts.

“González Viaña se ha convertido en referencia ineludible para los lectores de Vallejo”.

José O. Alvarez, Florida International University

“Lo que se escribe hoy en día no suele ser perdurable, pero la novela VALLEJO EN LOS INFIERNOS ostenta esa rara cualidad. Seguirá siendo leída cuando pase nuestro tiempo”.

Adriana Herrera, El Nuevo

LIBERTAD PARA CESAR VALLEJO

Por Eduardo González Viaña

Lo habíamos pedido. Habíamos advertido a través de esta columna que el mayor poeta peruano solamente obtuvo libertad provisional. Nunca estuvo libre del todo. Lejos del Perú, en París y en Madrid, recibió apremios judiciales con apercibimiento de captura por un delito, como el de terrorismo, que no había cometido.

Los enemigos de Vallejo no descansaron jamás. Tampoco descansarán ahora porque hoy el presidente de la Corte Suprema, Dr. Dr. Francisco A. Távara Córdova, va a decretar en Trujillo su absolución. Gracias a este acto de trascendencia y sabiduría, César Vallejo puede volver al Perú. A continuación, las primeras páginas de mi novela VALLEJO EN LOS INFIERNOS relatan la captura de Vallejo:

Capítulo I

-La señora está fuera, pero llegará a mediodía. Las niñas volverán del colegio por la tarde. El doctor Ciudad viene a la una. Me pidió que lo atendiera y que le ofrezca lo que usted necesite. El doctor piensa que tal vez a usted le gustará pasar un tiempo en la biblioteca.

El primer patio estaba empedrado. En el segundo, había una fuente y un bebedero para caballos. Atravesaron el comedor principal, y Vallejo pudo advertir que la mesa de caoba tenía patas de garra de león. La sala principal ostentaba un mobiliario del siglo XIX. Era una típica casa colonial trujillana.

El poeta se quedó en la biblioteca aislado por completo del resto de la casa. A la una de la tarde, escuchó los pasos de su anfitrión.

-César, está usted en su casa.

Andrés Ciudad había pasado la mañana entre la Corte Superior de Justicia y su oficina jurídica atendiendo diversos asuntos de esa índole.

Vallejo comenzó a disculparse, y dijo que no quería causar incomodidades.

-Recuerde, César, que soy yo quien lo ha invitado a venir. Era usted el mejor amigo de mi hermano cuya memoria defiende cuando lo patrocino a usted. Además, no va a estar mucho tiempo. Ya verá que en una semana conseguimos que se levante la orden de detención.

Conversaron un rato. A la una y media, entraron al comedor donde los esperaba la esposa del Ciudad. Fue un almuerzo breve.

Al final, dijo la señora Ciudad:

-César, para nosotros es un honor tenerlo en casa. Para mis hijas, será una inmensa alegría. Quieren conocer a un poeta... A un gran poeta... Ellas han organizado un lonche en su honor. A pesar de que será solamente entre nosotros, nos han exigido vestirnos como para un banquete. Caballeros, los dejo solos. Recuerden que a las seis nos vemos en el comedor.

Transcurrió la tarde. A las seis, entró Vallejo en el comedor. Vestía todo de negro. Su camisa blanca tenía puño doble. Saludó a las niñas. Elisa, la menor, corrió hasta el jardín y allí cortó una rosa blanca. Avanzó hacia él y se empinó para ponérsela en el ojal.

-A usted le queda muy bien.

César se sintió feliz y pensó que esta escena se repetía. Así exactamente y con una rosa del mismo color en la solapa vestía en la foto que se tomara con sus amigos en el agasajo al poeta Parra del Riego. Tuvo la corazonada de que la rosa blanca iba a aparecer muchas veces en su vida.

El abogado y su familia usaron ese día solamente una delgada puerta falsa que daba a la calle Independencia. Nadie más que Vallejo entró ni salió por la puerta de San Martín durante todo el día, y sólo los vientos de noviembre con sus aullidos pugnaban por colarse. Las ventanas de la casona estaban guarecidas por rejas de hierro forjado. Dos pétreas columnas daban marco a la puerta. El tallado y el decorado eran barrocos, y la madera procedía de Nicaragua. Era una entrada colmada de esplendor y provista de dos aldabones coloniales que terminaban en una pequeña sirena de bronce. La casona había pertenecido al arzobispo Juan Benedicto Mora en el siglo XVII y, en aquella época, bastaba asirse a uno de los aldabones para gozar del derecho de asilo. En el siglo XIX, había sido el centro del poder insurgente cuando el Libertador Simón Bolívar estableció en ella su cuartel general. Ese día, después de que ingresara Vallejo, no se iba abrir a nadie, y no se abrió. Además, nadie pidió entrar. Aquella arquitectura era imagen del poder y la seguridad. La soberbia puerta barroca permaneció cerrada hasta las 6 de la tarde en que, sin tocar los aldabones, nueve gendarmes

comenzaron a dar golpes de comba sobre la colosal madera hasta que la derrumbaron, e irrumpieron a balazos mientras preguntaban a gritos:

-¿Dónde está Vallejo?

* * *

La noche entró en la cárcel de Trujillo. Se internó en sus interminables pasajes, y caminó apagando conversaciones, encendiendo velas y avivando lámparas de querosene. Descendió hasta las celdas, negreó los aires, borró el suelo y, por fin, se acercó uno por uno a los hombres que allí penaban y les cerró los ojos asustados. Fue recibido por un criado que le enseñó la habitación que le estaba reservada y abrió para él un ropero de cedro. Después, lo llevó a conocer la casa

Por el pasadizo entre las celdas, dos guardias conducían a un preso. El hombre, con los brazos juntos y extendidos hacia delante, no hacía ruido alguno y parecía deslizarse o flotar.

-¡Te llevan...te están llevando al infierno!- gritó uno que no dormía.

-¡El infierno!- repitió la voz, y sus ecos atravesaron el inacabable corredor hasta chocar contra una puerta de feroces placas metálicas. Uno de los gendarmes abrió el candado y soltó las cadenas que la aseguraban. El otro liberó a César Vallejo de los grilletes que sujetaban sus manos y lo empujó hacia las negruras del calabozo donde se ablandaba a los nuevos prisioneros. Lo llamaban el Infierno. Allí, la noche era otra noche, más noche y de mayor espesor. En contraste con el ambiente, el poeta estaba vestido con un traje de ceremonioso color negro y una camisa blanca de puño doble. Lo habían apresado en medio de una reunión, y no le habían dejado tiempo para cambiarse de ropa. Todavía conservaba una rosa blanca en el ojal.

La puerta gimió y chilló y por fin se cerró con estruendo. A ciegas, con las manos en el aire como los sonámbulos, avanzó Vallejo hacia el fondo. A su paso, tropezó con un bulto en el suelo y quiso pedir disculpas al hombre tendido allí, pero la voz se le había dormido. Dio un rodeo. Las piernas le temblaban. Aunque libre ya de los grilletes, le ardían las muñecas. Por fin, sintió la pared y, de espaldas contra ella, se quitó la corbata y la guardó en el bolsillo. Se desabotonó el cuello de la camisa. Abrió y cerró las manos para sentir las. La cal gélida del muro se le pegó a la espalda como se pega a los difuntos y los pinta de blanco fosforescente.

-¡Mierda!

Escuchar ese grito le recordó que todavía no estaba muerto.

-¡Tú, mierda. Tú!

Puso los pies en forma de escuadra para que lo sostuvieran mejor, pero no se sentía cómodo. Su cuerpo cansado comenzó a resbalar hasta quedar sentado en el suelo contra el muro. Un buen rato, hundió la cabeza entre las rodillas y descubrió que la posición fetal es la mejor para el reposo. Después, abrió los ojos a la noche y los volvió a cerrar; cuando por fin los abrió de nuevo, ya podía ver mejor. La negrura se había disipado. La cárcel era una luz espesa en la que se apiñaban espinazos, cráneos, brazos, piernas, rodillas, zapatos, manos, uñas, miedos, ojos y ronquidos.

-¡Qué! ¿No entiendes que estoy hablando contigo? Mierda, ¡quién te crees para venir aquí con esa ropa!

¡Qué! ¿No me ves? ¿No me oyes?

No distinguía al dueño de la voz. Incluso no sabía si se estaba dirigiendo a él. No lo veía, pero seguramente era visto. Tal vez, quien gritaba había pasado mucho tiempo a oscuras y veía como ven las ratas o los murciélagos.

-¿No sabes dónde estás? ¡Estás en el Infierno!

Tampoco respondió.

-¡Ya comenzaste a morir!

El hombre que gritaba parecía no estar en ninguna parte. Acaso estaba disolviéndose en la nada. Tal vez ya no poseía cabeza ni tronco ni extremidades, sino tan sólo pellejo y rabia.

- ¡Voy a contar hasta diez. Cuando llegue a diez, te mato... Uno!

César no tenía fuerzas para defenderse de un ataque físico ni voz para responder al que le gritaba. No percibía a sus compañeros de celda, pero se los imaginaba. Como estudiante de Derecho, solía acudir a las audiencias en el tribunal de Trujillo y había visto a los presos conducidos para el juzgamiento. Los gendarmes tenían que arrastrarlos porque algunos no lograban sostenerse. Se hinchaban,

apestaban, no entendían a los jueces. Casi no eran hombres. Vivían muriendo. Se les salían el aliento, la sangre y el alma.

-¡Dos!

Después recordó que las tinieblas no tendrían fin para él. La cárcel estaba siempre repleta de hombres que pasaban largos años sin ser juzgados, y al final caminaban como si jamás hubieran visto el mundo, con la mirada extraviada, asombrados de todavía tener ojos y cuerpo. Eso era también lo que le esperaba.

-¡Ya estás muerto, hijo de puta!... ¡Tres!

Sus enemigos habían jurado que no saldría vivo de allí. Emergería de la cárcel sin mente, sin dirección, sin equilibrio, sin control sobre su cuello y sin esa luz del espíritu que reflejan los ojos de los que viven todavía. El hombre que gritaba iba a terminar con él esa misma noche.

-¡Cuaaa... tro!- bramó aquél otra vez y casi de inmediato ululó:

-¡Cin... coooo!- pero la palabra se hizo pedazos, y el hombre dejó la cuenta como si se le hubieran acabado las fuerzas.

Se hizo un largo silencio, y Vallejo pensó que su propia conciencia se había perdido en medio de la negrura.

La tregua no duró mucho tiempo. Pasada una hora, comenzaron a escucharse golpes de mazo contra la pared. El agresor era dueño de un arma contundente y se comía la risa para gritar:

-¡Seis... Siete!... Te voy a dar. Te voy a dar.

El instrumento golpeó la estructura metálica de la puerta. Crujió y brilló como truenos y relámpagos oscuros y malditos.

-¿Sabes lo que es esto? Es una comba y, con ella, voy a partirte la cabeza.

Hizo girar la comba en el aire, y Vallejo pensó que el individuo había decidido matarlo de susto antes de liquidarlo. Era evidente que el hombre lo veía y podía haberle acertado desde el momento de su ingreso. Era obvio que ahora quería aterrarlo.

-¡Ocho!

El tipo comenzó a avanzar. Había enfurecido y estaba dispuesto terminar cuanto antes. Blandiendo en alto el arma contundente, llegó hasta el centro de la celda.

* * *

-¿Y ha tenido otras frustraciones?

-¡Muchas!... pero, en este momento, la mayor es no poder terminar este libro.

-¿Ha escrito muchos libros hasta ahora? ¿Cuántos?

-El año pasado, en Lima, publiqué "Los heraldos negros"

-¿Y está contento con ese libro?

-Sí. Lo estoy. Pero, ¿qué le puedo decir?

Quería expresarse en un lenguaje más accesible para que lo entendiera el curandero. De pronto, monologó. Dijo que la sociedad del Perú solamente concebía a los poetas como payasos adorables.

-¡...Y yo no me veo así! ... La palabra, para ellos, es sólo ornato: un jardín verdecito con arbustos recortados para simular animalitos. Yo quiero devolver la palabra a los hombres.

-¡La palabra, la palabra!... Haga como nosotros los curanderos, amigo Vallejo. ¡Amánsela, primero!

En "Los Heraldos negros", Vallejo había mezclado el simbolismo con una sombría y trágica observación del mundo. Sin embargo, sus poemas conservaban la tersura de las formas clásicas. En la prisión, le decía a Salomé Navarrete que no tan sólo quería producir una revolución en la poesía.

-Hay que transformar las palabras si es necesario. ¿Si es necesario? ¡Qué digo! Siempre es necesario.

-¡Amánselas, primero, don César! ¡Haga lo que yo le digo!

-¿Amansarlas?

-Sí. Eso es lo que hago con las enfermedades. Amansarlas. ¡No crea! ¡No siempre es fácil curar! A veces, hay que pasarse un día o una noche observando a la enfermedad. Hay que decirle palabras dulces. Hay que pedirle que salga, que se deje ver.

Le reveló sus técnicas.

La primera consistía en observar el movimiento de las cosas.

-El amanecer, el anochecer, el vuelo de las abejas, los cambios de la luz, los movimientos de esta mecedora.

Don Salomé era capaz de observar todos estos fenómenos naturales durante horas y escudriñar sus mínimos detalles. A veces, un pájaro volaba desde el norte para traerle los secretos de las plantas que curan.

La segunda técnica era la observación atenta de las estrellas en las noches.

-Converse con ellas. Alábeles su movimiento por los cielos. Pero no hable. ¡Piénselo!

El tercer camino consistía en dormir luego de estas experiencias. El sueño siempre tenía una respuesta.

-Si no tiene una respuesta... ¡hable directamente con Dios!

Siento a Dios que camina

tan en mí, con la tarde y con el mar.

Con él nos vamos juntos. Anochece.

Con él anohecemos. Orfandad...

Pero yo siento a Dios. Y hasta parece

que él me dicta no sé qué buen color.

Como un hospitalario, es bueno y triste;

mustia un dulce desdén de enamorado:

debe dolerle mucho el corazón.

<http://www.elcorreodesalem.com/>

Vallejo en los infiernos

Cynthia Campos B.

Cultural – La República, Lima 4/4/06

- *Escritor peruano obtuvo el Premio Pastega de Excelencia en Investigación Académica, en Estados Unidos.*
- *Trabajo revela que César Vallejo fue una víctima de la corrupción judicial.*

El período más desgarrador, oscuro y desagradable en la vida de César Vallejo, escrupulosamente investigado por el escritor trujillano Eduardo González Viaña, mereció el Premio Pastega de Excelencia en la Investigación Académica y la Creatividad.

Se trata de uno de los más altos galardones que conceden las universidades de mayor prestigio del noroeste de los Estados Unidos.

La investigación se basa en el incidente en que se vio envuelto el poeta en 1920 (tenía 28 años), cuando se llevaba a cabo en Santiago de Chuco la célebre fiesta del apóstol Santiago. Ese año el poeta visitaba su pueblo natal, pero las festividades se cerraron con sangre: varias personas protagonizaron serios desórdenes y un importante establecimiento comercial fue incendiado. Vallejo, inexplicablemente, se vio involucrado.

Ese es el período que ha dado pie, además de la investigación premiada ahora en EEUU, a la novela Vallejo en los infiernos, en que se narran esta y otras anécdotas del autor de Trilce.

Sistema corrupto

Según la investigación de González Viaña, el poeta fue víctima de la corrupción del sistema judicial de entonces. Más de un hecho lo confirma. Por ejemplo, que la investigación haya sido abruptamente cortada para nombrar a un fiscal ad hoc, el cual sorprendentemente libra de persecución a los verdaderos criminales.

González Viaña profundizó en el estudio del expediente judicial de esta etapa de la vida de Vallejo y encontró más de un dato curioso y revelador. Por ejemplo, el hecho de afirmar que el proceso judicial contra el poeta haya sido un total fraude. ¿La razón? El juez que seguía el caso se basó en la confesión hecha, luego de ser torturada, por una persona que figura como firmante de unas

declaraciones que involucran al poeta y a sus amigos. Lo abominable del caso "es que el hombre que firma es un analfabeto", anota.

Otro dato curioso. El hombre en cuestión es asesinado camino a Trujillo, justo cuando iba a dar sus declaraciones ante la Corte.

Cualquier parecido con los expedientes del fujimorismo no son simple coincidencia.

El infierno de Vallejo

¿Cuál es el tema que tanto influyó en la investigación de González Viaña?

"El período en que César Vallejo vivió en Trujillo, su formación ideológica, el tremendo camino que siguió el autor en su afán de crear una poesía más libre y una palabra más limpia", responde el escritor, también ganador del Premio Juan Rulfo el año 1999.

"La angustia, los fantasmas y el infierno de una cárcel que podría durar toda su vida le ofrecerán abismos y poderío a su asombrosa poesía", afirma EGV, también ganador del Premio Latino de Literatura de los Estados Unidos, en el año 2001.

Los proyectos del escritor

Además de los estudios vallejanos, nuestro escritor es parte de una campaña en favor de los inmigrantes. La editorial Arte Público, University of Houston, ha anunciado la publicación de El corrido de Dante, que narra las experiencias de un migrante mexicano en tierras estadounidenses.

Presentan en Trujillo primera novela sobre Vallejo joven

<http://www.noticiastrujillo.com/>

La primera novela sobre César Vallejo ha sido escrita y será presentada en Trujillo. Nuestro paisano, Eduardo González Viaña, viene desde Estados Unidos para la actuación correspondiente que tendrá lugar en el Salón Consistorial el 28 de diciembre a las 7pm. La entrada es libre.

"Vallejo en los infiernos" es el título del nuevo libro de Eduardo González Viaña que será presentado en la Municipalidad de Trujillo el 29 de diciembre.

Hace 45 años, el filósofo Antenor Orrego, amigo y descubridor de César Vallejo, durante un homenaje en Trujillo, por parte de los jóvenes artistas que, por entonces, se congregaban en el grupo literario Trilce. Al más joven de ellos le pronosticó: "Tú harás una novela sobre Vallejo y sobre nuestra generación. Tú tienes que hacerla. Prométenos que lo harás".

El vaticinio y la promesa se han cumplido. Vallejo en los infiernos se llama el nuevo libro del novelista Eduardo González Viaña, que acaba de ser publicado por la Universidad César Vallejo de Trujillo y será presentado en la municipalidad de dicha ciudad el próximo 29 de diciembre, aniversario del primer grito emancipador del Perú (1820).

La obra narra los cuatro meses que el poeta César Vallejo permaneció en la cárcel de Trujillo y las incidencias de la lucha judicial. Presenta a los coetáneos del poeta, la brillante generación Norte, en la que, además de Vallejo y Orrego, sobresalieron Alcides Spelucín, Macedonio de la Torre, José Eulogio Garrido, Carlos Valderrama y Víctor Raúl Haya de la Torre, entre otros.

Hablará de la novela un contemporáneo de Vallejo, el poeta Nicanor de la Fuente, mejor conocido como Nixa, quien con 105 años sigue siendo uno de los grandes de la lírica peruana y escribe en La Industria, de Chiclayo. Del mismo tema se ocupará el peruanista italiano Antonio Melis.

González Viaña, quien es catedrático en Estados Unidos, realiza en estos días una gira por Roma, Siena, Venecia y Florencia, ciudades en las que presenta La Ballata di Dante, traducción italiana de su libro El corrido de Dante.

http://www.noticiastrujillo.com/index.php?option=com_content&task=view&id=24895&Itemid=60

Antonio Melis Habla de "Vallejo en los infiernos"

librosperuanos.com

La inquietud creadora permanente es el rasgo más notable de la narrativa de Eduardo González Viaña. Después del éxito extraordinario de su novela *El corrido de Dante*, una epopeya picaresca de los migrantes mexicanos clandestinos en Estados Unidos, no se ha dormido en los laureles, sino que se ha lanzado en otra aventura muy diferente. Ha aceptado el reto de contar la vida de Vallejo, a partir de su “momento más grave”, el de la cárcel injusta sufrida en sus años juveniles. Ha realizado su empresa narrativa a partir de una profunda identificación con el poeta y su obra. Toda la novela, en efecto, se desarrolla a través de un sabio y refinado contrapunto con los textos poéticos de Vallejo.

Los infiernos que aparecen en el título aluden al lugar más sórdido de la prisión de Trujillo pero también a la experiencia abismal que toda poesía auténtica supone. Alrededor de este núcleo central, se evocan los momentos más significativos de la vida del poeta, antes del viaje definitivo a Europa. La religión del hogar es uno de los alimentos fundamentales de sus primeros poemarios. En la novela este repertorio se manifiesta intensamente en la memoria de la madre y de la “numerosa familia que dejamos”. Las referencias al período escolar iluminan el cuento desgarrador de Paco Yunque. Las comprobaciones precoces de la injusticia humana encuentran confirmaciones abrumadoras en sus primeros contactos con el mundo de los trabajadores, especialmente los mineros.

La formación religiosa del poeta se desarrolla entre mensajes contradictorios. Por un lado choca contra una visión formalista y dogmática, fundada en la obsesión del pecado. Por el otro elabora una lectura revolucionaria del Evangelio, que lo empuja a la identificación total con los pobres de la tierra.

Cuando González Viaña relata la violencia ciega que se desata contra el pueblo, advertimos en sus páginas apasionadas algo que va más allá de la época de Vallejo. En el trasfondo, se percibe claramente la referencia a la guerra sucia que ha ensangrentado el Perú en años recientes. No faltan las referencias al contexto internacional, desde la primera guerra mundial hasta la revolución mexicana y la revolución de octubre.

Las historias de amor del poeta juegan un papel fundamental. González Viaña nos ofrece retratos inolvidables de las mujeres que han marcado los años peruanos de Vallejo. Una vez más utiliza con gran acierto las referencias a los poemas de *Los Heraldos Negros* y de *Trilce*. Las enamoradas de su juventud son al mismo tiempo personajes reales de una narración y sublimación lírica.

Al lado de los amores, aparecen las grandes amistades. El narrador nos proporciona un cuadro muy eficaz de la “Bohemia” trujillana, ese círculo de escritores y artistas que afirma el protagonismo de la provincia peruana. La figura de Antenor Orrego, el primero que intuyó la grandeza de Vallejo, sobresale por sus calidades intelectuales y humanas.

La utilización cuidadosa de los documentos es particularmente evidente en lo que se refiere a la pesadilla carcelaria vivida por el poeta. La trágica noche de Santiago de Chuco se reconstruye en todos sus detalles. Pero el tiempo lineal de la narración se altera continuamente, para dejar el paso a violentas inversiones. La deshora vallejana impone su ritmo marcado por bruscos anacronismos. En estas páginas se manifiesta una compenetración admirable con los estratos más profundos de su poesía.

Toda la novela, en sus distintos registros estilísticos, se halla iluminada por la prosa diáfana de González Viaña. El reto de transmitir la vida de uno de los mayores poetas del siglo XX se transforma en un triunfo literario, donde los recursos admirables del oficio están al servicio de un gesto profundo de amor.

**Antonio Melis, profesor de la Universidad de Siena,
es uno de los latinoamericanistas más importantes de Europa*

<http://www.librosperuanos.com/autores/eduardo-gonzales-viana6.html>

Apoteósica fue presentación de Vallejo en los Infiernos

Obra fue escrita por Eduardo González Viaña

Universidad César Vallejo - Trujillo - Perú

Los seguidores, estudiosos, admiradores y personas que se identifican con el más grandioso poeta de los últimos tiempos -César Vallejo- se dieron cita en las instalaciones del Salón Consistorial de la

Municipalidad Provincial de Trujillo para observar el nacimiento de la magnífica obra: "Vallejo en los Infiernos", del destacado escritor liberteño Eduardo González Viaña.

En la ceremonia estuvieron presentes los más destacados intelectuales como los catedráticos Teodoro Rivero Ayllón y Juan Paredes Carbonell, quienes compartieron con González Viaña la bohemia literaria del grupo Trilce, y a su vez hicieron alarde de la capacidad narradora del autor de "Vallejo en los Infiernos" durante la presentación de la obra.

En su intervención, el autor recordó el momento en que el filósofo Antenor Orrego, amigo y descubridor de César Vallejo, vaticinara que el escribiría la primera novela sobre Vallejo y aquella generación que antiguamente caminara por las calles de Trujillo.

El autor dijo que esta novela narra los amores de Vallejo, la agonía durante su estadía en aquella cárcel de nuestra legendaria y enigmática ciudad. "Encarcelamiento injusto que por estos días el Poder Judicial ha querido remediar con un desagravio, que en personal no tuvo nada de agravio, quisieron pedir perdón al país, pero si se trata de hacerlo ellos no son los indicados, sino los autores intelectuales de esta acusación, los Santa María y si ellos no están presentes, el perdón al Perú debe hacerlo sus descendientes" "Yo escribo para todos los que gustan de la lectura, yo quiero traer a Vallejo en carne propia, quiero presentarlo físicamente tal como están ustedes, Vallejo es nuestro, es de todos nosotros", manifestó entre aplausos del selecto auditorio.

González Viaña, que es autor de más de 20 obras, agradeció la cortesía del Alcalde de la Municipalidad Provincial de Trujillo, César Acuña Peralta, por publicar su obra magna a través de la Universidad César Vallejo, y así mismo mencionó que el haber terminado con esta obra cumple con el perseguimiento, el vaticinio, las profecías de Antenor Orrego, que hace 45 años hiciera mención al joven narrador.

Por su parte el alcalde de la ciudad, César Acuña Peralta, a la vez Rector Fundador de la Universidad César Vallejo, institución que editó el libro, expresó su cariño, reconocimiento y el magnífico aporte a la cultura del autor González Viaña con esta novela titulada "Vallejo en los Infiernos".

Dijo que esta obra monumental abarca grandes acontecimientos del siglo XX, donde los grandes intelectuales del "Grupo Norte" fueron los encargados de sacudir a nuestro país con sus grandes textos bibliográficos, que para suerte de nosotros son letras que narran gran parte de nuestra historia intelectual.

Acuña Peralta declaró que de ser posible editará los diversos libros que el grupo Trilce tenga en mente teniendo en consideración su compromiso con el crecimiento de la capacidad cultural e intelectual por la que es reconocida la ciudad que tiene a su mando ahora.

Cabe destacar que "Vallejo en los Infiernos" abarca la vida, la filosofía, los amores, los combates, la agonía y la victoria del gran "Grupo Norte" que en sus entonces dedicará sus letras a grandes historias sucedidas en la ciudad de Trujillo.

Durante la presentación del libro se dio lectura a un mensaje de un contemporáneo de Vallejo, el poeta Nicanor de la Fuente, Nixa, quien tiene 105 años y es uno de los grandes de la lírica peruana y sigue siendo permanente colaborador de "La Industria" de Chiclayo.

<http://ucvvirtual.edu.pe:8080/ucv2007/vn.ucv?nc=936>

Palabras del poeta Nicanor de la Fuente –NIXA- en la presentación

Señores:

Vallejo en los infiernos es un libro que todos estábamos esperando, o quizás necesitando en el Perú.

Un gran escritor relata los días jóvenes, las pasiones tremendas, los dulces amores, los primeros poemas y la infame carcelería que vivió el más grande de nuestros poetas, César Abraham Vallejo.

El novelista y su personaje tienen mucho común además de su nacimiento en el mismo departamento de La Libertad, de sus estudios en la Universidad Nacional de Trujillo, y hasta de su vivienda en la misma calle de Trujillo. Los vincula una común creencia en la literatura como

una forma de robarle vida a la muerte, y lograr que la eternidad sea la patria de sus libros, de su pueblo, de su generación y de su tiempo.

La militancia en la lucha por el cambio social acerca mucho más aún a uno y a otro. Cualquiera de ellos podría decir que donde hay libertad y justicia, allí está mi vida y allí están mis sueños.

He leído la novela y me he sentido de vuelta en esos asombrosos tiempos que también a mí por suerte me tocó vivir. Juntando realidad e ilusión, las dos mitades de toda vida humana, González Viaña ha descrito las reuniones de los jóvenes bohemios de 1920, nos ha hecho vivir las caminatas de César con María Sandoval, nos ha permitido escuchar la voz profética de Antenor Orrego, nos ha hecho viajar de Trujillo a Santiago de Chuco y por fin nos ha puesto en el barco en el que César Vallejo se marchó hacia París y hacia nunca más.

La elegancia y la precisión de la prosa de González Viaña- acaso la más cuidada de nuestra actual literatura- se juntan con la arquitectura perfecta de una novela que nos hace adictos a su lectura y por fin nos junta en una permanente visión de incandescencia sin término.

Para quien lea la poesía de Vallejo, se hace ahora imprescindible tener a la mano Vallejo en los infiernos. No leo ensayos sobre la poesía o los poetas porque sus interpretaciones suelen quedarse en los límites del ensayista. Prefiero la novela biográfica porque en ella el personaje puede volver a caminar, e incluso a vivir y a escribir, y a explicarnos por qué loca razón o sinrazón tomó el camino de escribir.

La poesía, sobre todo la de Vallejo, es la unión de dos palabras que vivían en páginas muy distintas del diccionario y que parecían injuntables. La unión de las dos no tiene por qué decirnos alguna verdad temible. Su gracia reside en que nos deje vivir en el misterio.

Gracias, César Vallejo, por habernos dado tanta poesía que nos hace temblar y soñar. Gracias, Eduardo González Viaña, porque con tu libro seguiremos soñando y temblando por todo lo que dure este misterio.

<http://www.librosperuanos.com/autores/eduardo-gonzales-viana7.html>

"Vallejo no fue una víctima pasiva"

Eduardo González Viaña en novela sobre poeta en Trujillo.

Vallejo en los infiernos recrea hechos sociales que llevaron al vate a la cárcel en 1920.

Por Pedro Escribano.

La República, Lima 26/12/07

Tras un fuerte empujón, Vallejo casi rueda en el oscuro calabozo. Luego se da cuenta de que allí hay un hombre que tiene el encargo de matarlo. Con esta cruda y violenta escena comienza la novela *Vallejo en los infiernos* (Ed. U. César Vallejo) de Eduardo González Viaña, quien trata de recrear la temporada del poeta en Trujillo, una estadía llena de amores, pero también marcada por los sinsabores de la cárcel.

Vallejo en 1920 estuvo preso 112 días, acusado por unos incidentes sociales, los que terminaron con el incendio de la casa de los Santa María. González Viaña fabula estos sucesos en *Vallejo en los infiernos*.

--¿Cómo así tuviste la idea de escribir una novela sobre Vallejo joven?

--Vallejo en los infiernos es la coronación de una vida de esfuerzos. Entré a la universidad de Trujillo a los 16 años de edad y formé parte de un grupo literario llamado "Trilce". Desde esas mocedades universitarias y desde los primeros relatos, pensé en escribir sobre Vallejo. He tenido la suerte y el honor de conocer a coetáneos del poeta como Antenor Orrego, Haya de la Torre, Alcides Spelucín, Francisco Xandóval, José Eulogio Garrido, entre otros, y desde entonces y de todos ellos, recogí sus historias. Hubo algo, sin embargo, que convirtió mi idea de escribir en una misión. Fueron las palabras de Antenor Orrego proclamándonos sucesores de su generación. A mí, mozo preguntón,

me aseguré que yo escribiría la historia de los suyos. Toda la vida he estado loco por cumplir esa misión y por- que las palabras del gran filósofo fueran una profecía.

Testimonios

--¿Qué otros informantes?

--Además de los citados, Teodoro Rivero Ayllón, hijo espiritual de Francisco Xandóval, me ofreció cartas inéditas cursadas entre Vallejo y su hermana María. Juan Paredes Carbonell y Gonzalo Fernández Gasco me confirmaron que la andina y dulce Rita había sido la madre del heroico Luis de la Puente Uceda. El Dr. Germán Patrón Candela me ofreció el expediente del juicio, que antes él había salvado de las manos de alguien que intentaba quemarlo.

--¿Por qué hechos se llevó al poeta a la cárcel?

--En agosto de 1920, en Santiago de Chuco, se produce un sangriento motín de gendarmes. Las primeras páginas del expediente y el testimonio popular revelan que se trató de un conflicto instigado por Carlos Dubois, jefe de los gendarmes y la familia más poderosa del pueblo. Se intentaba matar a las autoridades y producir un estado de caos bajo el cual los autores conseguirían el dinero acumulado por el pueblo para celebrar la fiesta del Apóstol Santiago. César Vallejo, con sus amigos y hermanos, acompañan a las autoridades. Los gendarmes disparan contra ellos y matan a Andrés Ciudad, amigo del poeta. Cuando el juez inicia la instrucción, Vallejo y las autoridades son testigos y denunciadores en tanto que Dubois y la familia instigadora son inculcados. Lamentablemente, la Corte de Trujillo envía a un singular juez ad hoc, Elías Iturri, abogado de Casagrande y Quiruvilca, quien trastoca el proceso y torna en inculcados a las víctimas. En esas circunstancias, el poeta es acusado de incendiario.

--Casi siempre se presenta a Vallejo como víctima. ¿Cómo lo presentas tú?

--El proceso contra Vallejo es una maquinación burda y criminal. Se dicta orden de prisión contra Vallejo en mérito de la confesión "firmada" por Pedro Losada. Resulta que Losada es un analfabeto. El abogado de Vallejo pide que Losada sea llevado a Trujillo y la Corte acepta. Sin embargo, en el camino, Losada es asesinado.

Convulsión social

--¿Eso está en el expediente?

--Estas y otras barbaridades jurídicas se pueden apreciar en el expediente, armado por el juez ad hoc Elías Iturri. Resulta que el magistrado ad hoc es abogado de Casagrande y las minas de Quiruvilca. En esos años se habían producido rebeldías obreras contra la bestial explotación de esas empresas. El mejor amigo de Vallejo, el filósofo y joven periodista, Orrego, era acusado de anarcosindicalista y de instigador. En consecuencia, se trata de dar un castigo ejemplarizador a estos jóvenes a quienes los dueños de la hacienda y de la mina llaman anarquistas y bolcheviques. Vallejo es una víctima de este singular proceso, pero no una víctima pasiva. En Santiago de Chuco, los gendarmes habían hecho explotar a su lado la cabeza de su mejor amigo. Vallejo entró en la casa incendiada por el pueblo para buscar al criminal Carlos Dubois. Vallejo supo siempre las razones políticas por las que, de veras, se le quería aplastar, y nunca renegó de sus generosos ideales revolucionarios.

--¿Es cierto que Vallejo cruzó la plaza de Trujillo esposado?

--Lo hicieron cruzar la Plaza de Armas esposado. Al llegar a la esquina de la Municipalidad, se encontró de casualidad con el escritor José Eulogio Garrido, quien lo ha contado. Fue él quien reveló a Orrego lo que acontecía, y creo que de esa manera le salvó la vida. Vallejo... comienza justamente con la primera noche del poeta en el calabozo de la cárcel de Trujillo. Allí había un hombre encargado de matarlo.

Aún espera disculpas

-¿Alguna vez te leí que el expediente judicial aún está abierto?

-Vallejo sale de la cárcel con lo que se llamaba entonces libertad provisional. Tiempo más tarde, sus incansables enemigos, los Santa María, reabren la causa y la llevan hasta la Corte Suprema de donde no sale resolución alguna.

-Aseveras que el poeta quería volver a nuestro país.

-Todo el tiempo, Vallejo quiso volver a su tierra. Lo testimonian repetidas cartas a su abogado e incluso a su hermano a quien le pide hacer una misa al Apóstol Santiago para que le conceda la gracia de poder regresar sin cargos judiciales. El Presidente de la Corte Suprema acaba de desagraviar al poeta y ha formulado disculpas públicas. Las disculpas son generosas pero innecesarias, puesto que el Poder Judicial no maltrató a Vallejo. Quienes deben darlas al mundo son sus infames y eternos perseguidores, o sus descendientes.

<http://www.larepublica.com.pe/content/view/195845/>

Vallejo en la cárcel

Por Enrique Sánchez-Hernani

El Dominical, Suplemento de El Comercio, Lima 20/01/08

A las puertas de conmemorarse los 70 años de la muerte de nuestro poeta mayor, César Vallejo, Eduardo González Viaña ha escrito y publicado una reveladora novela biográfica, Vallejo en los infiernos (Ediciones de la Universidad César Vallejo), donde da una imagen del vate distinta de la melancólica y afligida que proporcionan de él la mayor parte de sus retratos. Además revela increíbles detalles de la prisión que sufriera Vallejo antes de venir a Lima, en Trujillo, y otros secretos personales sobre los que aquí conversamos.

¿Qué tan fatal pudo obrar sobre Vallejo la prisión que sufre antes de partir a Europa?

No hay que soslayar la prisión de Vallejo en una cárcel del Perú. Yo creo que este acontecimiento va a marcar toda su vida y toda su obra. Porque además de esto, va a impedir, contra sus deseos, que pueda volver al Perú, que él intentó toda la vida. Hay una serie de cartas suyas a su hermano y a su abogado donde les ruega que hagan todo lo posible para colaborar en que pueda volver al Perú. De manera que es un mito que nunca quiso regresar al país.

¿Tu novela resulta, pues, ser política?

Esta novela es política, porque Vallejo es un preso político. El juez ad hoc, Elías Iturri Luna Victoria, es también el abogado de Casagrande y de la mina Quiruvilca, lugares donde se ha desarrollado la más espantosa explotación que en esos días han dado lugar a las primeras revueltas del siglo, con centenares de muertos.

¿De qué manera Vallejo estaba tocado por esto?

Vallejo es uno de los jóvenes protestantes. Él luego habrá de publicar la novela *El Tungsteno*, que es una protesta tremenda contra aquello. Además, el mejor amigo de Vallejo es Antenor Orrego, antes que surgiera el APRA, y que entonces es un líder anarquista que dirige La Reforma, un periódico del norte que impulsa las luchas anarquistas. Otra cosa que crispa a la oligarquía entonces -estamos en el año 20-- , es que los bolcheviques aparezcan también en el Perú.

¿Y cómo se comporta el juez Iturri Luna Victoria?

El juez ha de convertir este proceso en una maquinación infernal para hundir al poeta para escarmentar de esa manera a los jóvenes supuestamente anarquistas y bolcheviques que daban vueltas por Trujillo. En ese entonces en Trujillo hay una generación importantísima. Nunca en una ciudad tan pequeña se ha concentrado una generación como la de Antenor Orrego, Víctor Raúl Haya de la Torre, César Vallejo, Carlos Valderrama y al final Ciro Alegría, sólo por mencionar a los que tienen repercusión internacional. Entonces, era necesario acabarlos.

¿Cómo estás tan seguro de todo eso?

Yo he examinado el proceso, soy abogado. El juez va a inventar toda una serie de actuaciones y va a poner a un supuesto fiscal, que no existe. El ciudadano, cuyo nombre se ha tomado, protesta y dice que no tiene nada que ver y que ni siquiera conoce Santiago de Chuco. Después inventa a un testigo

y, por último, lo que sirve para hundir a Vallejo, es la supuesta confesión de Pedro Losada, un militante anarquista, que fue quien en verdad se apoderó de los fusiles de los gendarmes y mató a dos.

¿Cómo así lo inventa?

Supuestamente, Losada ha declarado contra Vallejo y ha firmado una confesión. Pero cuando el abogado de Vallejo ve la confesión firmada de Losada, se descubre que Losada es analfabeto. Entonces, a fin que Losada diga su verdad, el juez pide que venga de Santiago de Chuco, pero a mitad de camino lo matan. Todo es armado diabólicamente contra Vallejo.

¿Quién arma toda esa conjura?

Primero el juez Iturri, pero en el surgimiento del problema, en Santiago de Chuco, durante las fiestas patronales, hay un tal Carlos Santa María, el dueño de la bodega principal, ex subprefecto civilista sacado por los leguistas, mayordomo de la fiesta y quien guarda todo el dinero del pueblo para celebrarla, una pequeña fortuna. Santa María se pone de acuerdo con Carlos Dubois, jefe de la Gendarmería, para que se arme una algarada, se mate a las autoridades que son sus enemigos, y también poder apoderarse del dinero de la fiesta. La algarada comienza, los gendarmes tratan de matar a las autoridades y en eso los hermanos Vallejo, con otros jóvenes del pueblo, se ponen a caminar al lado de las autoridades. En eso, la gendarmería mata a Andrés Ciudad, uno de los amigos de Vallejo y allí se desata la cosa. Iban a matarlos a todos.

¿Y qué es lo que cambia el curso de esto?

Por suerte aparece Pedro Losada, un anarquista, que logra quitarle las armas a los gendarmes, matarlos y terminar la revuelta. El pueblo, enardecido, quiere matar al resto de los gendarmes, pero estos se escapan, e incendian la casa de Santa María.

¿Cómo resulta Vallejo comprometido en el juicio?

El juicio se inicia por los cursos legales, encausando a Carlos Dubois, a los gendarmes y a Santa María. Vallejo se limita a firmar el parte de las autoridades y a hacer sus declaraciones ante el juez. Pero Santa María, que es un hombre de dinero, va a Trujillo y logra que la corte declare nulo todo lo actuado y envíen a un juez ad hoc, que ni siquiera era parte del Poder Judicial. Es así como llega este juez, declara nulo todo lo actuado y encausa a Vallejo y sus amigos, al alcalde y al subprefecto.

¿Por esto tu novela tiene el fin de dar una imagen más política de Vallejo?

Absolutamente. Es un Vallejo que no es el poeta llorón ni mucho menos. Es un poeta revolucionario. Es más, Vallejo sí participó en el incendio, tampoco lo vamos a negar. Pero qué se quería: ¡habían matado a su mejor amigo! Vallejo, durante el incendio, se sube por los techos en busca del criminal Dubois, pero no lo encuentra. Es más, Vallejo, en su camino a Santiago de Chuco, ha parado en Huamachuco, donde hay un círculo literario que le hace un homenaje. En el agradecimiento, él, que ya era el poeta de Los Heraldos Negros, les ha dicho: "Jóvenes, hay que luchar, y si es preciso, hay hasta que cometer un crimen".

¿Eso dice Vallejo?

Claro. Vallejo no es un blandengue.

¿Desde cuándo vienes investigando este tema?

Toda la vida pues yo soy de allá. He entrevistado a la mayoría de los coetáneos de Vallejo, empezando por Antenor Orrego. En mi novela aparece el expediente judicial y cartas a su enamorada, que se llamaba María Sandoval, que nadie conoce, que mi amigo Teodoro Rivero Ayllón, compadre espiritual del poeta Francisco Sandoval, hermano de la enamorada de Vallejo, guardaba en su casa.

¿Qué otros secretos develas en tu libro?

En mi novela también parece el nombre verdadero de la famosa Rita de Junco y Capulí, quien es Rita Uceda, madre de quien después sería el guerrillero Luis de la Puente Uceda. Además enfatizo que Vallejo es el maestro de primero de primaria de Ciro Alegría y de Alfredo Tello Salavarría, que va a ser el jefe civil de la Revolución de Trujillo.

¿Qué pena le impone el juez al poeta?

A Vallejo se le da lo que en el Código Penal de ese tiempo se llama la liberación provisional, porque finalmente el juez no pudo encontrar méritos para juzgarlo. Luego el poeta se va a Lima un año y su

amigo Orrego lo salva, porque Tulito Gálvez Orrego, sobrino de Antenor, ha recibido una herencia. Con esa herencia él puede viajar en primera a París, pero le dice a su tío para viajar juntos en tercera, canjeando su pasaje preferencial. Pero Antenor Orrego le dice no, hay que dárselo al cholo Vallejo que está en Lima, pues los limeños lo ignoran. Aparte, le señala, los Santa María se van a vengar de todas maneras. Entonces Tulito Gálvez se va con Vallejo a París y allá viven juntos. Al final Tulito viaja a España y muere combatiendo por la República.

Qué historia más increíble.

Claro. Entonces, Vallejo quiere regresar al Perú, pero los Santa María siempre se lo van a impedir. Y sé que hasta ahora esa familia no lo perdona. Es más: Vallejo es el primer peruano que recibe el pedido de extradición, estando allá en París y Madrid, donde nuestras legaciones reciben exhortos para pedirle que se ponga a derecho. Si lo hace, quién sabe qué hubiese pasado. Es más, en las cortes nunca se terminó el proceso, por lo tanto, en el caso eventual que Vallejo hubiese sobrevivido a la enfermedad que lo mató, y hubiese regresado al Perú, habría terminado en la cárcel de Trujillo, de donde no se podía salir sino loco o muerto.

<http://www.elcomercio.com.pe/edicionimpresa/Html/2008-01-20/vallejo-carcel.html>